

Lo malo de una isla desierta Javier Echalecu

**EDITORIAL
PRE-TEXTOS**

Pre-textos, 2021

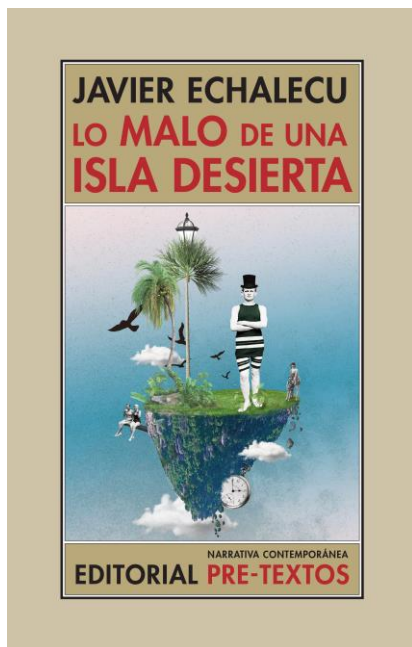
**escuela de
escritores**

Se sabe que muchas veces los libros más tristes son aquellos que se leen entre carcajadas. Y viceversa: hay carcajadas que, de tanta ternura, nos contagian de una tristeza suave. Pues bien, tal paradoja es la que preside esta colección de 16 cuentos que, a pesar de transcurrir en metrópolis, o quizá precisamente por ello, tiene por nombre *Lo malo de una isla desierta*.

De algún modo, cada uno de los personajes que desfilan por estas páginas se han preguntado si no sería mejor vivir en una isla desierta. Algunos, incluso, lo han intentado. Pero, por suerte para ellos, todos han fracasado y comprendido que, en demasiadas ocasiones, nada se nos parece menos que

nuestra propia vida.

¿Deberíamos reír o llorar ante un astronauta que se reclama hijo de sí mismo y que acaba defenestrado tras haber pisado el lado oculto de la luna? ¿Y ante un androide con un sistema operativo pasado de moda que lucha por olvidar un viejo amor y decide viajar a la otra punta de la galaxia? ¿Deberíamos lamentarnos o regocijarnos si el final del mundo acontece en la última tarde del verano y, por tanto, nos quedamos a vivir en unas vacaciones perpetuas?



Alejado de los planteamientos narrativos más clásicos, con un aire levemente existencialista, *Lo malo de una isla desierta* reúne lenguajes y atmósferas a las que no falta una pizca de lirismo y otra de surrealismo. Su lectura insinúa que el único camino posible -el único que podemos tomar en serio- es el de la ironía y del humor. Puestos a perder el tiempo, parece decirnos, perdámoslo en una búsqueda que merezca la pena: busquemos el sur del polo sur.

El autor: Javier Echalecu



Javier Echalecu (Madrid, 1981) es escritor, traductor y administrador civil del Estado; entre otros cargos, ha desempeñado el de Subdirector General del Libro en el Ministerio de Cultura. *Lo malo de una isla desierta* es su primer libro de cuentos, aunque ya con anterioridad algunos de sus relatos habían aparecido en las antologías *Segunda Parábola de los Talentos* (Gens Editorial, 2011) y *Tres Rosas Amarillas 01* (en la editorial homónima, 2011). Del italiano ha cotraducido *La Vida fácil. Silabario* de Alda Merini (Trama Editorial, 2017),

De Profundis de Salvatore Satta (La Umbría y la Solana, 2019) y *La tribu Einaudi* de Ernesto Ferrero (Trama Editorial, 2020). Recientemente ha publicado algunas colaboraciones en la revista *Turia*.

JAVIER ECHALECU
LO MALO DE UNA
ISLA DESIERTA



NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

EDITORIAL PRE-TEXTOS

LLAMADAS DE EMERGENCIA

LA DESAPARICIÓN, SUPONGO que no por casualidad, se produce el día de nuestro primer aniversario. Nada más entrar por la puerta, mi mujer y yo notamos algo extraño en casa. Antes incluso de habernos quitado los abrigos, nos damos cuenta de que al final del pasillo, justo donde antes estaba la sala de estar, ahora hay una pared de la que cuelga una litografía de Kandinsky. Y aunque ambos somos grandes enamorados de la pintura abstracta, y a ambos nos entusiasma Kandinsky, la desaparición de un lugar que —ahora nos damos cuenta— había llegado a convertirse en un apéndice de nuestras vidas nos quita las ganas de seguir celebrando nada. ¿Qué se puede celebrar cuando la sala de estar de tu propia casa —no un simple cuarto de planchar, ni siquiera un cuarto de invitados—, allá donde has pasado tantas tardes, donde se acumulan tantos recuerdos y tantas fotografías, se desvanece así como así? Ninguno de los dos entendemos cómo una habitación de ese tamaño puede haber conseguido salir por la puerta ni atravesar el pasillo sin provocar desperfectos. No entendemos cómo una sala de estar llena de tantos cacharros, con una televisión a cuestas, puede evaporarse sin dejar rastro. Alarmada, mi mujer llama a los bomberos, pero desde el otro lado del teléfono un sargento le explica con buenas palabras

que, aun suponiendo que no se trate de una broma de mal gusto —lo que todavía está por ver—, sólo podrían acudir a nuestra casa en caso de que la habitación estuviera en llamas.

—Algo que, a juzgar por sus palabras, no parece el caso.

Yo, que insisto en pensar que sólo se trata de un accidente, llamo al departamento de objetos perdidos del Ayuntamiento, pero el encargado del almacén me informa de que no hay ninguna habitación como la que he descrito, que en la base de datos tampoco consta que en los últimos años se haya perdido un objeto remotamente semejante y que, en fin, si lo que quiero es una opinión sincera —si de verdad quiero una opinión sincera: algo que su experiencia le ha enseñado que es menos frecuente de lo que parece—, no ve nada probable que alguien llame en las próximas horas avisando de su aparición.

—Porque, dígame, ¿llamaría usted? —me pregunta con retintín—. ¿Puede jurar que llamaría de encontrarse una sala de estar tan cómoda como la que acaba de describir? Con la mano en el corazón, ¿me asegura que sería tan honrado de devolverla a sus legítimos propietarios?

No lo sé. A decir verdad, ni mi mujer ni yo podemos asegurarlo. Como nunca se nos ha presentado el caso, como nunca en esta vida hemos tenido la suerte de encontrar algo de interés, como en el fondo no somos más que una pareja de desgraciados, nos sentimos incapaces de responder con la rotundidad que el funcionario requiere. Y si esto nos ocurre a nosotros, ¿qué no puede pasar por las cabezas de los demás? Tantas dudas e interrogantes acaban por

deprimirnos a los dos. Tratamos, sí, de mantener la calma. Nos pasamos la noche repitiéndonos que una habitación con tantos muebles no puede haber ido demasiado lejos, que posiblemente se encuentre a pocas manzanas de aquí y que solo es cuestión de que alguien dé la voz de alarma. Pero no podemos evitar preguntarnos por los motivos que han llevado a la sala de estar a marcharse, no podemos dejar de preguntarnos por qué incluso se ha negado a dejarnos una nota en la puerta del frigorífico. Un comportamiento que, se mire como se mire, y sea provisional o permanente la desaparición, nos parece humillante y, considerando que llevábamos un año de convivencia, de lo más desagradecido. Furiosa, pasadas las cuarenta y ocho horas de rigor, mi mujer llama a la comisaría, pero una teniente lamenta informarnos de que, legalmente hablando, sólo pueden considerar desaparecidas a las personas, no las habitaciones, y que por tanto sólo podrían ayudarnos si con ella hubiera desaparecido, por ejemplo, un invitado.

—Cualquier invitado —aclara—. Ahí no hacemos diferencias.

No menos indignado, llamo a varias empresas de mudanzas para averiguar si últimamente han transportado o recibido el encargo de transportar una sala de estar parecida. Pero aunque describo con pelos y señales el color del suelo, la lámpara del techo y los cuadros de las paredes, la mesa camilla y el sofá cama, todas esas empresas me acaban contestando lo mismo: que bastante duro es su trabajo, bastante humillante es cargar a costas con las casas de otros, para encima tener que atender llamadas como la mía, llamadas de graciosillos en las

que se vende la desaparición de una simple sala de estar como si fuera una tragedia cuando hay desgracias mucho más graves que la nuestra.

—Graves, sí, ha oído bien. Graves de verdad. Graves hasta un extremo que usted, ni en sus peores sueños, sería capaz de imaginar —me dicen antes de colgar.

A qué clase de desgracias se refiere, tampoco tenemos ni idea. Lo que somos nosotros, jamás habíamos oído algo tan raro como lo que nos ha ocurrido. Pero siguiendo su consejo, a fin de superar la sensación de soledad que siempre provoca la desaparición de una parte de casa, la semana siguiente tratamos de empaparnos del máximo número de tragedias posible. Vemos películas sobre catástrofes naturales. Leemos memorias de personas infelices. Recortamos noticias de periódico llenas de angustia y frustración. Por fin, trabajamos amistad con gente tan golpeada por la vida, pero tan golpeada, que entran ganas de llorar. Y la cosa cambia, vaya si cambia, pero a peor. Allá cada cual con su conciencia. Allá si hay gente que se siente mejor viendo lo jodido que está todo. Porque a nosotros, descubrir que el mundo está todavía peor de lo que imaginábamos, de que hay tanto hijo de puta suelto y que lo que uno construye con tanta paciencia se puede ir a tomar por culo en cualquier momento, lejos de consolarnos, lejos de hacernos sentir mejor, lo que provoca es que nos sintamos todavía más deprimidos. Abrumada, convencida de que solo una nueva sala de estar puede hacernos olvidar la antigua, mi mujer llama al seguro para conocer la indemnización a la que tenemos derecho, pero el

empleado nos informa de que, antes de poder presentar ninguna solicitud, antes de enviar a nadie a tomar medidas y calcular lo que en principio —lo que en principio, insiste— nos corresponde, antes debemos responder un cuestionario con varias preguntas así como informar sobre por qué estábamos fuera en el momento de la desaparición.

—Y no porque desconfiemos de ustedes, no porque nos parezca que una desaparición así puede ser responsabilidad suya —aclara—. Es sólo que, como seguro de vivienda, tenemos la obligación moral de preocuparnos por el bienestar psicológico de todos los componentes, tanto de los bienes humanos como materiales.

Yo, que cada vez me siento más culpable, y que empiezo a creer que si la sala de estar se fue sin aclarar los motivos es porque los motivos somos nosotros, hago una ronda de llamadas entre varios amigos, todos los cuales insisten en hablarme de sus propias pérdidas —un perro, un trabajo, un juego de llaves y una taladradora— y hacernos ver que podría haber sido mucho peor.

—Piensa en ello —me dicen uno tras otro—. Piénsalo bien. Podría haber desaparecido, por ejemplo, la cocina o el vestíbulo. Podría haberos desaparecido el salón. O el baño. Piensa en cómo sería vuestra vida sin un cuarto de baño.

Y el caso es que tienen razón. Desde cierto punto de vista, toda pérdida tiene su lado positivo. Tiene algo liberador. Perder una sala de estar, por ejemplo, tiene la ventaja de que hay menos superficie en casa que limpiar. Ahora bien, por muchas ventajas que tenga, y por mucho que nos repitamos una y otra

vez que vamos a vivir mejor que antes, eso no mejora nuestro estado de ánimo. Poco a poco vamos volviéndonos silenciosos. Dejamos de sentirnos en nuestra propia casa. Nos entra el temor de que desaparezca una segunda habitación y, con ella, uno de nosotros dentro. De algún modo nos convertimos en uno de esos matrimonios que tanto despreciábamos y, perdida toda esperanza de volver a encontrarla, un día —el día de nuestro aniversario— llamamos a uno de esos programas de radio en los que la gente, aprovechando que es de noche, habla sin tapujos de sus problemas. En ese momento, no hay nada que nos apetezca más que compartir nuestro problema. Recibir el consejo de otro oyente que también ha pasado por una experiencia similar. Un oyente, en definitiva, que nos haga sentir menos solos. Pero antes de entrar en directo, el técnico de sonido nos pide disculpas y dice que no puede darnos paso al programa. Dice que no pueden ayudarnos porque, por mucho valor emocional que la sala de estar tenga para nosotros —y no tiene ninguna duda de que así sea—, la nuestra no es la clase de pérdida con la que la gente suele empatizar. El tipo de historias —para entendernos— que hay interés en escuchar.

—Y no porque no se trate de una emergencia, no porque uno sea incapaz de ponerse en su lugar —nos dice antes de colgar de teléfono—. Es sólo que, como desaparición, carece de la más mínima espectacularidad.